

María Wonenburger

María José Souto Salorio y Ana Dorotea Tarrío Tóbar

N E X T —
D O O R . . .
P U B L I S H E R S

© De las Autoras: María José Souto Salorio y Ana Dorotea Tarrío Tobar

© Next Door Publishers

Primera edición: febrero 2024

ISBN: 978-84-127532-8-8

DEPÓSITO LEGAL: NA 29-2024

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros medios, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Next Door Publishers S.L.

c/ Emilio Arrieta, 5, entlo. dcha., 31002 Pamplona

Tel: 948 206 200

E-mail: info@nextdooreditores.com

www.nextdoorpublishers.com

Impreso por Gráficas Alzate

Impreso en Navarra, España

Diseño: Ex. Estudi

Diseño de cubierta: Horixe Diseño (www.horixe.com)

Editora: Laura Morrón Ruiz de Gordejuela

Corrección y composición: NEMO Edición y Comunicación, SL

Índice

Prólogo

11

Introducción

15

1. Primeros pasos en tierra gallega 19

2. Estudios universitarios en Madrid
35

**3. Las dos tesis doctorales de María
Wonenburger** 53

4. La etapa canadiense 69

**5. María Wonenburger en la plenitud
de su carrera** 81

6. El regreso a su tierra 97

Epílogo 109

Agra- deci- mien- tos

113

Biblio- grafía

115

Prólogo

Es difícil ser un modelo a seguir, porque lo que realmente hay que hacer es mostrar a los estudiantes lo imperfecta que puede ser la gente y, aun así, triunfar. Todo el mundo sabe que, si una persona es inteligente, divertida, *guapa*, o va bien vestida, triunfará. Pero también es posible tener éxito con todas tus imperfecciones.

KAREN UHLENBECK

Hoy en día, todavía hay quien piensa que las personas que se dedican a las matemáticas son genios solitarios, desconectados de la realidad, individuos despistados y excéntricos que reflexionan sobre temas incomprensibles.

Los estereotipos refuerzan este tipo de creencias, se transmiten y se instauran como verdades absolutas difíciles de enmendar. Aunque el cine o la televisión no se interesan demasiado por las personas que hacen ciencia, en las ocasiones en las que una película o una serie tienen a un científico como protagonista (lo digo en masculino porque hay una enorme escasez de mujeres), suele ser alguien excéntrico, desligado de lo cotidiano, en definitiva, una persona «rara».

Por supuesto que en el ámbito científico hay personas raras, pero me atrevería a afirmar que no más que en el entorno artístico, en el ámbito académico o en cualquier espacio en el que se congregue un número suficiente de individuos.

La biografía que vas a leer a continuación ayuda a romper estas falsas creencias. María José Souto y Ana Dorotea Tarrío trazan la vida y la obra de la matemática María Josefa Wonenburger (1927-2014), una científica de primer nivel, seducida por axiomas y teoremas, y que además disfrutó de su familia, de sus amistades y de los placeres de la vida.

Al mismo tiempo que van presentando la historia vital de María (como la llaman cariñosamente a lo largo del texto), las autoras hablan de la situación política que le tocó vivir y de las personas con las que se cruzó. También dedican algunas líneas a recordar a otras científicas contemporáneas de Wonenburger que, como ella, tuvieron que desarrollar sus carreras con no pocas dificultades por ser mujeres.

Wonenburger estudió la carrera de Matemáticas a pesar de la oposición de su familia, que deseaba que cursara una ingeniería para continuar con el negocio familiar. La joven María desoyó estos consejos y comenzó sus estudios con pasión y dedicación. Además, era generosa con sus colegas, que demandaban su ayuda para comprender algunas materias especialmente complicadas que ella dominaba.

Las matemáticas la llevaron a Estados Unidos y Canadá, donde aprendió con profesionales de reconocido prestigio, convirtiéndose con el tiempo en una de ellos. Su descendencia científica es numerosa, forman parte de ella profesionales de renombre que, siguiendo la estela de Wonenburger, trabajan en teorías muy complejas que se aplican en otras ramas de las matemáticas y de la ciencia.

María Josefa Wonenburger abandonó su prometedora carrera para atender a su madre enferma en los últimos años de vida de esta. Dejó atrás sus clases, sus investigaciones, las discusiones científicas con colegas y su vida en Canadá. Renunció a su trayectoria científica, probablemente en su mejor momento, porque cuidar de su madre era

prioritario. Aunque no me gusta hablar de héroes o heroínas (pues pienso en ellos como personas inalcanzables), lo que hizo María en aquel momento de su vida es, sin duda, una gesta digna del mayor respeto.

La cita que abre este prólogo es de la matemática Karen Uhlenbeck (1942), la primera mujer en ganar el prestigioso Premio Abel, el «Premio Nobel» de las matemáticas, en 2019. Me recuerda a menudo a María Josefa Wonenburger por su discurso positivo a pesar de las contrariedades vividas, por sus especiales capacidades matemáticas y por su profunda humildad. Uhlenbeck alude continuamente a su «imperfección» como condición con la que ha vivido su actividad científica y personal. Como afirmaba la premio nobel Rita Levi-Montalcini en su libro *Elogio de la imperfección*, la imperfección es lo que más se ajusta a la naturaleza humana. Es decir, es «lo normal». Por ello María y Karen son, a pesar de su talento matemático poco común, referentes cercanos en quienes pensar.

La manera de enfrentarse a la vida de María Josefa Wonenburger es realmente inspiradora. Ella es una «giganta» de producción matemática fecunda, sin dejar de ser humilde y generosa. ¿Cómo no querer parecerse a ella?

Marta Macho Stadler

Introducción

«Con esfuerzo se puede
conseguir lo que una quiere».
M. J. WONENBURGER PLANELLS

En las próximas páginas, nuestro objetivo será dar a conocer a María Josefa Wonenburger Planells, una mujer, científica y apasionada de las matemáticas que tuvo una intensa vida personal y académica.

Sus aportaciones supusieron un importante impacto en el ámbito de conocimiento en el que trabajaba; sin embargo, su trayectoria académica y su persona fueron casi desconocidas en España hasta muy pocos años antes de su fallecimiento en junio de 2014. Es posible que los resultados de su investigación, recogidos en diversas publicaciones bajo la autoría de M. J. Wonenburger, hubiesen despistado a más de uno a la hora de hacerse una idea sobre quién debió de ser aquel «autor» o «autora» y, sin duda, ni siquiera sospecharon que se trataba de una mujer. En el momento del nacimiento de Planells, su familia paterna ya contaba con varias generaciones afincadas en Galicia.

Nuestra protagonista nació a finales de los años 20 del siglo xx en la costa atlántica coruñesa. Desde pequeña mostró siempre una gran curiosidad y atracción por las matemáticas. Con el transcurso de los años, se convertiría en un referente internacional en aquel campo de la Ciencia. Su constancia, su trabajo y sus ganas de conseguir lo que

se proponía la llevaron a adquirir una carrera docente e investigadora brillante. Su biografía podría convertirse en el guion de una buena película, en la que no faltarían la emoción y el éxito, pero tampoco el suspense, el esfuerzo o la incompreensión.

De forma consciente o inconsciente, las personas tenemos referentes, aprendemos del comportamiento y las actitudes de otras personas, sabemos lo que nos gusta de ellas o lo que rechazamos. Nuestros héroes y heroínas no suelen ser personajes de ficción, ni tienen por qué ser famosos; más bien se trata de personas próximas, quizá un familiar, una amiga o un vecino cuya historia conocemos, lo cual nos ayuda a saber cómo actuar o nos invita a querer imitarlos cuando nos topamos con decisiones difíciles. María Wonenburger, a quien llamaremos muchas veces María a lo largo de este texto, es un buen ejemplo de ello. Desde que la conocimos, se mostró cercana y amigable a la hora de compartir sus vivencias y su historia. Los hechos que hemos ido descubriendo no han dejado de sorprendernos, y la admiración hacia ella fue creciendo desde nuestro primer encuentro, tanto en el aspecto personal como en el profesional. Fuimos muy afortunadas de encontrar a una heroína humilde y valiente que vivía cerca de nosotras. Creemos, además, que conocer su trayectoria puede suponer una fuente de motivación para las personas más jóvenes, puede ayudarlas a confiar en sus posibilidades, a luchar por estudiar y por trabajar en aquello que les gusta, a huir del destino que su familia o la sociedad habían decidido para ellas, o a creer que con esfuerzo pueden conseguir lo que se propongan.

María Wonenburger escogió el camino que quería seguir, luchó y logró metas inalcanzables para la mayoría de las mujeres de su época, en un contexto difícil y nada prometedor. No hay que olvidar que, a mediados de los años cincuenta del siglo xx, la situación de las matemáticas en España no era muy halagüeña, ya que la investigación en ese ámbito estaba sumida en un estancamiento permanente desde hacía décadas y el futuro de quien quería dedicarse a ellas era incierto.

Si a esto unimos la condición de ser mujer, todo se volvía más opaco y pesimista... ¡o tal vez no! No si la protagonista era María, dispuesta a alcanzar el final del camino, la meta.

El espíritu libre y optimista de nuestra protagonista derribaría muchos de los obstáculos que existían para conseguir estudiar y dedicarse a lo que más le gustaba y atraía, que eran sus queridas matemáticas.

Hubo varios momentos clave en su vida, pero quizá uno de los más decisivos se produjo una primavera a los pocos años de terminar su carrera, cuando, sin perspectivas de futuro, recibía la noticia de que le concedían una beca, lo que la llevaría hacia horizontes llenos de logros y éxitos, aunque no exentos de dificultades. En barco, cruzará el Atlántico hacia Nueva York, dejando atrás su tierra gallega, con rumbo directo a cumplir su sueño: doctorarse en Matemáticas y descubrir los misterios ocultos en las profundidades del álgebra.

María también fue una emigrante, pero hay que admitir que los motivos y las condiciones en las que se fue eran no solo muy diferentes, sino mucho mejores que los de sus paisanos, quienes en los años cincuenta y sesenta del siglo pasado viajaban masivamente en busca de una vida digna a «hacer las Américas». Ellos se dirigían al sur, a Venezuela, Brasil, Cuba, Argentina... Ella, en cambio, al norte. Sin embargo, tenían en común ese fuerte sentimiento de *morriña* por su tierra, una marcha forzada que hubiesen deseado evitar y la certeza de que en su país de origen no tenían opciones de alcanzar sus sueños.

María sí consiguió cumplir el suyo, ya que se convertiría en una pionera entre las españolas que se adentraron en la vida universitaria y en la investigación matemática.

La mayor parte del contenido de este libro se basa en muchas conversaciones que hemos mantenido con María Wonenburger en los últimos años de su vida; sus recuerdos nos permitieron ir hilvanando episodios importantes de su trayectoria profesional y algunos de su vida personal. También contamos con testimonios y anécdotas

que sobre ella nos transmitieron generosamente varias personas con quienes compartió momentos de su vida.

Quienes la conocimos coincidimos en recordarla como una persona generosa, entusiasta, humilde, alegre, con gran sentido del humor y muy inteligente, una gran amiga. María tenía un fuerte sentido de la amistad, le gustaba resaltar que sus amigos y amigas eran de lo más valioso que tenía en su vida. Ella se consideraba una mujer «con tendencia» a ser feliz que procuraba quedarse con la parte hermosa de la vida y no dejarse intimidar por sus ataduras.

1

Primeros pasos en tierra gallega

«Vivir es sentir, sin amarguras, todas las edades, hasta que llega la muerte».

MARÍA CASARES

María Josefa Wonenburger Planells nació el 19 julio de 1927 en Montrove (Oleiros, A Coruña), en la residencia veraniega de sus padres. Su familia dispone de una buena situación económica, es culta e implicada políticamente. Tanto ellos como sus amistades son personas relevantes en la vida social, económica y política de la ciudad.

Al igual que otras familias acomodadas, los Wonenburger tenían una residencia en la ciudad y otra de recreo a las afueras, cerca de alguna de las playas de la zona. En la época estival, la familia solía instalarse en un entorno rural próximo a la ciudad de A Coruña, donde, junto con su hermana, sus primos y otros amigos, María disfrutaba de la vida al aire libre. Era una niña feliz y despierta, que se divertía con los juegos tradicionales y, en especial, jugando con las olas en la playa de Bastiagueiro, un histórico arenal del que en la actualidad siguen disfrutando familias de todo el entorno y madrugadores surfistas.

En sus memorias noveladas, la actriz María Casares recordaba con nostalgia aquellos ambientes. Su biografía, escrita por Anne Plantagenet, relata que María Casares guardaba en su casa de París dos frascos: uno con tierra de Montrove y otro con arena de Bastiagueiro.



Foto 1. María Wonenburger a una corta edad.

Las familias Wonenburger y Casares mantenían una estrecha amistad, y por ello sus segundas residencias estaban muy próximas. Podemos imaginarnos a esas niñas, que se llevaban cinco años, disfrutando de los interminables días de verano en la playa y, junto con otras amigas y amigos, gozando de una libertad plena desde la mañana hasta la puesta de sol. Mientras, suponemos que los adultos aprovechaban para comentar temas que les preocupaban, como por ejemplo la complicada situación política en España. Los Wonenburger, los Casares, los Tenreiro o los Estellés, todos los cuales tenían lazos de amistad, profesionales o quizá incluso familiares, como muchas otras familias de la época, no sospechaban que, pese al momento inestable que se vivía, muy pocos años después de aquellos tiempos felices y comprometidos todo se volvería gris y oscuro.

Muy pronto, y tras un golpe de Estado, el dictador Francisco Franco llegaría al poder, lo que supondría un cambio brusco y dramático tanto en la vida y el destino de las familias de aquellos niños y niñas que se sacaban fotos juntos en la playa de Bastiagueiro como en los de todo el país.

Franco acudía cada verano con su familia desde el pazo de Meirás a aquel hermoso arenal, donde se instalaba durante el día en una casa a pie de playa. Días antes de su llegada, los vecinos ya detectaban que estaba próximo a aparecer, pues los preparativos en los alrededores de la casa y en la playa conformaban una señal inequívoca. A su llegada, se ordenaba cerrar la playa, lo que suponía que los vecinos ya no podían acercarse, ya que si lo hacían corrían el riesgo de que los detuvieran o golpearan, según cuentan algunos testigos de la época.

Quizá para entender mejor aquellos primeros años de la infancia de María necesitamos conocer un poco más a sus padres, sus orígenes, imaginarnos el ambiente y la vida de la ciudad de A Coruña y situarnos en el momento político que se vivía en España.

La familia de María y el contexto sociopolítico

La familia paterna de María, los Wonenburger, llegaron a Galicia con el tatarabuelo de María, que se instaló en Santiago de Compostela. El origen de su apellido, que en un principio se escribía «Wonnenbürger», llevó a su familia a averiguar que sus antepasados procedían de Alsacia, actual región de Francia que durante más de trescientos años, desde la guerra de los Treinta Años hasta la Segunda Guerra Mundial, sufrió las disputas surgidas entre Francia y varios Estados alemanes por tratar de anexionarla.

En 1888 se tiene la primera referencia de la Fundación Wonenburger en la ciudad de A Coruña, donde se fabricaban instrumentos de hierro y se reparaban máquinas de vapor, bombas y otros objetos.

Su propietario era Manuel Wonenburger Cabezudo, abuelo paterno de María. Con el paso de los años, sus herederos y nuevos propietarios convirtieron la fundición en una importante empresa que les reportaba grandes beneficios, hasta el punto de que llegó a estar entre las más importantes de la ciudad y a ser pionera del sector en Galicia. Casi cien años más tarde de su creación, la fundición llegaría a su fin tras una suspensión de pagos.

A principios del siglo xx, el principal lugar de paseo y de encuentro de A Coruña se situaba en la zona de los Jardines del Relleno. Poco a poco, en aquel terreno ganado al mar se fueron construyendo edificios emblemáticos donde se concentraba el ocio urbano (entre otros, el Atlantic Hotel, el Kiosko Alfonso o La Terraza).

Son múltiples los ejemplos de los productos que salieron de la fábrica Wonenburger y que resaltaban el desarrollo social y económico de la ciudad herculina de la época: el almacén de hierro con el que se construiría el Kiosko Alfonso, el cierre perimetral, las puertas y las verjas que hoy en día siguen viéndose majestuosas en el entorno del puerto, los pabellones del Mercado da Guarda (en funcionamiento desde 1910), las farolas de las calles coruñesas más céntricas o los registros de agua y tapas de alcantarillas distribuidos por la ciudad. La Fundición Wonenburger suministró también el almacén metálico y toda la estructura artística de hierro y bronce para la construcción del lujoso Atlantic Hotel, inaugurado en julio de 1923.

Los años veinte supusieron para A Coruña una década de crecimiento a nivel económico, comercial e industrial. Por un lado, el puerto herculino facilitaba el auge de la industria coruñesa; por otro, la obtención de hierro y carbón en condiciones más ventajosas favorecía la buena marcha de la fundición y de otras empresas.

Los más curiosos pueden ver en el Museo Nacional de Ciencia y Tecnología de A Coruña varias herramientas que se utilizaban en la fundición de los Wonenburger.

Julio Wonenburger, el futuro padre de María, se haría cargo de la empresa y de la atención de sus hermanos y hermanas al quedar huérfano con sólo dieciséis años. Su padre, y fundador de aquella próspera empresa, murió en 1898 debido a un accidente laboral.

Como gran emprendedor y empresario que era, llevaría a la fábrica a convertirse en un referente en el sector y, como hemos dicho, a dejar la huella de sus productos en los edificios y jardines más emblemáticos de la ciudad. Su empeño y voluntad fueron causa de admiración en aquella época, como podemos verlo plasmado en el ilustrativo artículo publicado en el primer número de la revista *Vida*, escrito en 1920 y que puede encontrarse en la hemeroteca de la Real Academia Galega.

Además de en su faceta como importante empresario que llegó a presidir la Patronal Metalúrgica de A Coruña, Julio Wonenburger destacó en la vida pública y social del momento por ser una persona muy activa y polifacética. Republicano y masón, fue elegido concejal en el ayuntamiento de A Coruña en 1922. Con la llegada de la Segunda República, fue nombrado diputado provincial en mayo de 1931. Estuvo afiliado al partido Organización Republicana Gallega Autónoma (ORGA), dirigido por su buen amigo Santiago Casares Quiroga, quien sería ministro y presidente de Gobierno. Ambos compartieron durante un largo período de tiempo, ideas, negocios y una buena amistad, como lo demuestra que Julio fuese testigo de la boda de Casares en 1920 o que, como comentamos, las dos familias veranearan durante años en casas muy próximas en el Ayuntamiento de Oleiros.

Entre muchas otras iniciativas, y por su vinculación a ORGA, Julio Wonenburger dirigió el diario *Tierra Gallega* en 1933 y participó en el conocido pacto de Lestrove, que llevó a la creación de la Federación Republicana Gallega como plataforma electoral, y que firmaron representantes del ORGA y de la Alianza Republicana del ámbito gallego.

La familia materna de María, los Planells, era de origen valenciano.

Unos años antes del nacimiento de María, a principios de los años veinte del siglo xx, y por motivos sentimentales, se instalará en la ciudad de A Coruña la primera Planells: María Josefa, tía materna de María.

María Josefa estaba casada con el conocido arquitecto (también valenciano) Peregrín Estellés. Este, durante su época de estudiante en la Escuela de Arquitectura de Madrid, estableció amistad con el destacado arquitecto coruñés Antonio Tenreiro Rodríguez, con quien llegó a fundar un estudio en Madrid. En 1921, ambos arquitectos decidieron establecerse en A Coruña, al ser contratados para la construcción de la sede del Banco Pastor, propiedad del influyente empresario Pedro Barrié de la Maza, primo de Tenreiro. Este edificio de estilo ecléctico, inspirado en la arquitectura de la escuela de Chicago y en los bancos ingleses y estadounidenses, con decoración neobarroca y *art déco*, se convirtió en el primer rascacielos de Galicia y en el edificio más alto de España en aquel momento. Después de esta obra habría muchas otras en la ciudad, pues fue en la década de los años veinte y en la Segunda República cuando ambos realizaron sus obras más conocidas.

El matrimonio formado por María Josefa y Peregrín, ya instalado en A Coruña, recibía de cuando en cuando la visita desde Valencia de Amparo Planells, la hermana de María Josefa. Amparo y Julio Wonenburger se conocieron en una de aquellas visitas, y un tiempo después, en 1926, se casarían y tendrían dos hijas: María Josefa y Amparo. La primogénita, nuestra protagonista, compartiría nombre con su tía y madrina, con quien siempre tendría una relación excelente, al igual que con el marido de esta y con sus primos.

Los primeros estudios

Nuestra protagonista nació en aquel ambiente familiar y en una ciudad que había experimentado desde principios de la década de los veinte un importante crecimiento económico, comercial e industrial.

A nivel nacional, en aquel momento había movimientos culturales muy importantes, pues no podemos olvidar que 1927, el año de nacimiento de María, da nombre a una generación de grandes escritores y poetas españoles. Los hombres de aquel grupo alcanzaron la fama y sus obras se han estudiado ampliamente hasta la actualidad. No ocurrió lo mismo con sus compañeras, mujeres brillantes en campos tan variados como la literatura, la poesía, la pintura, la música, el cine o la filosofía, pero todas olvidadas. Muchas de ellas acabaron exiliadas tras el estallido de la Guerra Civil y continuaron su producción fuera de España, lo que dificultó aún más que se las reconociera y que su obra se estudiara en su país. Son las que hoy conocemos como «las Sinsombrero», debido a su actitud rebelde que rompía con las normas. La pintora gallega Maruja Mallo, miembro de aquel grupo, dejó testimonio del origen de este nombre: «Un día se nos ocurrió a Federico, a Dalí, a Margarita Manso y a mí quitarnos el sombrero porque decíamos que parecía que estábamos congestionando las ideas, y atravesando la Puerta del Sol nos apedrearon llamándonos de todo».

Era una época de libertad, transgresora, en la que las mujeres ya no estaban dispuestas a continuar silenciadas y en la que en toda Europa el movimiento feminista cobraba mucha fuerza. Seguramente, para aquella niña de corta edad que era María, crecer en una familia con tantas inquietudes, y en una época tan rica culturalmente, influyó en su forma de ser, en su mente abierta, en su gusto por la lectura y la música o en sus ganas de luchar contra el destino establecido.

En el plano político, cuando ella nace, en España está instaurada la monarquía de Alfonso XIII, con un Gobierno totalitario del general Primo de Rivera. Es en abril de 1931, cuatro años después del nacimiento de María, cuando, tras unas elecciones libres, el país pasó de monárquico a republicano, y pronto, el 9 de diciembre de aquel año, se aprobó la Constitución de la República Española,

la primera que reconocía el sufragio universal y el derecho de las mujeres a votar.

En 1931 los padres de nuestra protagonista deciden ingresarla en el Colegio Francés de A Coruña para que realice sus primeros estudios. Este colegio estaba situado en la denominada Ciudad Jardín, un barrio residencial construido en los años veinte, próximo a la playa de Riazor, pero alejado en aquel momento del centro de la ciudad. A este centro académico, que constaba de viviendas individuales, zonas verdes y centros de trabajo o deportivos, solían acudir los hijos e hijas de las clases medias-altas de la ciudad, entre los cuales estaban María Wonenburger, María Casares y Antonio Tenreiro Brochón, hijo de Antonio Tenreiro Rodríguez. El mismo año en el que María Wonenburger ingresaba en el colegio, otra niña lo abandonaba: la pequeña María Casares, que en aquel momento tenía nueve años. Los cuadernos y el dictado que escribió la hija de Santiago Casares el 14 de abril de 1931, poco antes de dejar el Colegio Francés, se conservan en el Ateneo Republicano de Galicia.

Cuando estuvimos conversando con María sobre estos primeros años de su vida, nos comentó que un día en el colegio, al ver los problemas de matemáticas que estaban resolviendo otros compañeros, tal vez mayores que ella, le sobrevino una gran curiosidad y preguntó: «¿Qué es multiplicar?». Después de que le hubiesen explicado que multiplicar no era más que sumar varias veces, se dedicó a hacer cuentas y más cuentas en un pizarrín que le había regalado su tía.

Fuera del colegio también disfrutaba aplicando sus incipientes conocimientos matemáticos. Por ejemplo, cuando acompañaba a su madre a hacer la compra, la niña siempre calculaba lo que había que pagar y comprobaba si las cuentas eran correctas. Fue a aquella corta edad cuando María descubrió su destreza y afición por el cálculo matemático.

Con siete años, abandona el Colegio Francés y se traslada con su familia a vivir a O Temple, una zona rural colindante con la ciudad de A Coruña, donde continúa su formación escolar otros dos años más.

Llegamos a 1936, año en que la situación política se ha enrarecido y complicado, todo va a peor y se produce un golpe de Estado. Estalla una cruenta guerra civil que trae muerte, desolación, tristeza, decadencia y un retroceso en los logros sociales que el país había conseguido, así como muchos años de aislamiento y represión.

María tenía sólo nueve años cuando estalló la Guerra Civil, así que, en buena lógica, quizá no era consciente de todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor, ni de cómo la sociedad iba cambiando poco a poco. Se esfumaban aquella vida sociocultural tan rica y aquella libertad previas a la guerra.

Algunos amigos como la familia Casares tuvieron que irse al exilio, otros conocidos como el arquitecto Tenreiro sufrieron la represión y la persecución. La Fundación Wonenburger se reconvirtió para trabajar para el régimen, y a su propio padre lo juzgaron y le prohibieron salir del país.

María tenía muy presente este episodio, como dejó ver en una entrevista publicada en 2008 en el diario *La Opinión A Coruña*, donde contaba sobre su padre que «dibujaba los proyectos y viajó poco, porque lo juzgaron y no le dejaron salir de España. No era del régimen».

Es en el curso 1936-37 cuando María ingresa en el Colegio del Ángel, situado en el corazón de la ciudad herculina. En este colegio realiza un curso preparatorio para el examen de ingreso en el instituto. Durante ese período, vive de lunes a viernes en la ciudad con sus tías paternas y los fines de semana visita a sus padres en su casa de la ría de O Burgo, a las afueras de la ciudad.

Para el ingreso en el instituto, las estudiantes tenían que superar unas pruebas, que ella realizó el 17 de septiembre de 1937. Entre otras preguntas, tuvo que hacer la división de 42066 entre 343 para la prueba de Matemáticas.

El 18 de septiembre de 1937, tras superar las pruebas, fue admitida como estudiante en el Instituto Eusebio da Guarda, en A Coruña.

Sus padres la matricularon en el conocido instituto coruñés y decidieron que toda la familia regresase a vivir a la ciudad de A Coruña.

En el curso de 1937-1938, en plena Guerra Civil, se confisca el Grupo Escolar da Guarda colindante con el instituto y también una zona que estaba dedicada al recreo de los estudiantes del centro para establecer un grupo de la recién creada Fábrica Nacional de Armas. En ese contexto comienza María sus estudios de enseñanza secundaria.

Aunque inicialmente el instituto era mixto, acabó separando a los niños y a las niñas a partir de 1942. Desde aquel año, ellas entraban por la puerta principal y sus clases estaban en el primer piso, mientras que ellos entraban por una puerta lateral y permanecían en el segundo piso. Allí María hizo buenas amigas, con quienes disfrutaba a diario del camino de regreso a casa. Además, conservó alguna de aquellas amistades toda su vida, como, por ejemplo, la de su compañera Irene Valiño.

En los años que María pasó en el instituto, se encargaban de la docencia de Matemáticas destacados profesores, incluidos Gumersindo Rey de Castro, Fermín Rodríguez Losada y Juan Sancho San Román. A este último se lo considera el fundador de la escuela española de Teoría de Grupos, en el área de las matemáticas, que se fue extendiendo por los distintos centros universitarios españoles (Barcelona, Salamanca, Valencia...), en los que quedó la huella de los resultados de su trabajo y del de sus discípulos. Como si la vida les hiciera un guiño, años más tarde, María también se dedicaría a la investigación en este campo dentro del álgebra.

En el instituto, además de las materias habituales y de las relativas a los idiomas francés e inglés, las alumnas tenían la asignatura de Gimnasia y podían practicar otros deportes. María descubrió allí su afición por el *hockey*, deporte que practicaba a diario en una explanada exterior situada al final de la playa de Riazor. De hecho, el equipo del instituto tuvo a María como capitana durante algún curso en el

que llegaron a ser campeonas de la liga estudiantil. Hace unos años, entrevistaron a nuestra protagonista en un programa radiofónico y, cuando le preguntaron por sus aficiones deportivas, mencionó que en aquellos años del instituto también jugaba al baloncesto, y bromeó admitiendo que «era la más bajita pero la que más corría».

Otras de sus actividades preferidas eran nadar cuando bajaban a la playa y salir a patinar con amigas. De hecho, con frecuencia llegaban patinando hasta las afueras de la ciudad, a varios kilómetros del centro de A Coruña.

Merece la pena que conozcamos un poco más cómo era el instituto donde María estuvo durante siete años.

Desde su inauguración en 1890, el Instituto Eusebio da Guarda fue una institución relevante tanto en la ciudad como en su área de influencia. Se creó gracias al empeño del empresario y filántropo coruñés Eusebio da Guarda González. Por sus aulas pasaron ilustres profesores y profesoras, así como también brillantes alumnas y alumnos que llegarían a convertirse en excelentes profesionales de sus respectivos campos. De la larga lista existente podemos citar a María Barbeito, Celia Brañas, Santiago Casares Quiroga, Salvador de Madariaga o Pablo Ruíz Picasso. Este último se trasladó a A Coruña en 1891 desde Málaga, al obtener su padre, José Ruiz Blasco, ayudante de profesor en la Escuela de Bellas Artes de Málaga y conservador del museo de aquella ciudad, una plaza de profesor numerario de la cátedra de Dibujo y Figura en la Escuela de Bellas Artes y Oficios coruñesa, que estaba instalada en el edificio del instituto.

A su llegada a la ciudad, cuando el niño Pablo Ruiz Picasso está a punto de cumplir diez años, lo matriculan en el Instituto Eusebio da Guarda. Acude a sus clases por la mañana desde su casa, situada a muy pocos metros del instituto. Desde el segundo año, lo matriculan también en la Escuela de Bellas Artes y Oficios, donde su padre permanece como profesor. Esto fue posible porque las clases de la escuela tenían lugar por la tarde. La familia Ruíz Picasso permane-

ció durante cuatro años en A Coruña, ciudad donde el famoso pintor hizo su primera exposición. Sus obras de aquella época muestran la influencia que tuvo en Picasso no sólo la ciudad, sino el propio instituto, con los frescos que aún adornan sus principales salas o con las maravillosas vistas al mar, que pueden disfrutarse desde la parte posterior del edificio.

La propia riqueza artística del instituto merece ser conocida. Para ello, basta observar su fachada; la impresionante escalinata de mármol de Carrara de la entrada, obra de Pietro Nicoli, flanqueada por dos estatuas egipcias; las vidrieras del salón de actos; los techos y paredes con frescos de Román Navarro o Salvador Bianchi o los bustos de mármol de Eusebio da Guardia y de su esposa Modesta Goicouría, obras del famoso escultor florentino Raffaello Romanelli. El instituto cuenta también con una colección importante de mapas naturales e históricos en papel, relieve o escayola, un museo de zoología y un planetario, además de muchas otras piezas que hoy en día se conservan como en un museo. Cuando María estudiaba allí, la biblioteca era una de las más completas de la zona. Como anécdota curiosa, sabemos que por aquel entonces se compró un ejemplar recién publicado de *El origen de las especies*, de Charles Darwin.

En aquel entorno pasó María Wonenburger sus años de instituto, en algunos de los cuales coincidió con su hermana Amparo. En los archivos del instituto se conserva su expediente, con número 15 819, donde se puede comprobar que en todas las asignaturas de Matemáticas obtuvo la calificación de 10.

Es el año 1944 y María acaba de terminar sus estudios de bachillerato. Sin embargo, le falta un último paso para adquirir el título de bachiller y poder ingresar en la universidad: superar las pruebas de suficiencia final o examen de Estado del Bachillerato. Dichas pruebas constaban de un ejercicio escrito, que era eliminatorio, y otro oral sobre las disciplinas estudiadas y con arreglo a un cuestionario genérico formulado por el Ministerio de Educación Nacional. Esta-

ban organizadas por las diferentes universidades españolas y tenían tribunales especiales de catedráticos de universidad.

El 6 de octubre de 1944 María realizó el examen de Estado en la Universidad de Santiago de Compostela, en el que obtuvo la calificación de sobresaliente y premio extraordinario. Este mérito permitió intuir la brillante trayectoria que aquella joven estudiante estaba comenzando. No podemos olvidar que aquellos exámenes se consideraban de gran dificultad, y prueba de ello es que en los cursos 1943-1944 y 1944-1945 sólo el 33% de los estudiantes matriculados en el examen lo superaron.

Al finalizar sus estudios de bachillerato, María tenía diecisiete años y, si bien la Guerra Civil ya había terminado, la situación general era muy complicada. En aquellas circunstancias, ella y su familia decidieron que era prudente que María se quedase un año más en A Coruña. Durante aquel tiempo recibió, entre otras, clases particulares de Matemáticas de quien había sido su profesor en el Instituto Fermín Rodríguez Losada. También leyó libros de matemáticas que le prestaba una prima suya, estudiante de Arquitectura. María nos comentó que le entretenía mucho leer en aquella época el libro *Elementos de análisis algebraico*, del matemático Julio Rey Pastor.

Durante aquel tiempo en A Coruña, seguro que María pensó en su futuro, en qué camino seguir y qué estudiar.

Sus padres la animaban a estudiar una ingeniería, para que en el futuro pudiera hacerse cargo del negocio familiar. Pero ella les decía que quería hacer la carrera de Matemáticas y que no se preocupasen, pues ya estudiaría después lo que fuese necesario para poder vivir. En aquel asunto y en otras decisiones, sin duda difíciles, contó siempre con el apoyo de su familia.

En 1945, María se encontró ante una coyuntura difícil: si quería estudiar la carrera de Matemáticas, su única opción consistía en irse fuera de Galicia, ya que en aquel momento la Universidad de Santiago de Compostela (USC), la única en Galicia, sólo ofrecía los

primeros cursos de la carrera. La USC contaba con el seminario de Matemáticas, donde durante dos cursos se desarrollaban algunas disciplinas, pero, si una alumna quería obtener el título de licenciada, tenía que cursar en otra universidad las materias restantes. En 1939, en la USC sólo había un profesor que impartía aquellas disciplinas: Rafael Pavón. Por este motivo, el rector llamó por aquel entonces al destacado astrónomo gallego Ramón María Aller, para que impartiese las asignaturas de Geometría Analítica y Análisis Matemático. En 1945 se creó dentro del observatorio que dirigía Aller la Sección de Astronomía Teórica y Matemática «Durán Loriga», con miembros tan relevantes como Enrique Vidal Abascal (su primer director, muy unido a Aller) y Eduardo García Rodeja. Esta sección supuso el germen a partir del cual surgiría la sección de Matemáticas de la Facultad de Ciencias. Pero la posibilidad de cursar al completo la Licenciatura de Matemáticas tardó en llegar, ya que la Universidad de Santiago de Compostela no ofreció esta carrera hasta 1957.

Ante esta situación, María decidió realizar todos los cursos de la licenciatura en la misma universidad, aunque ello supusiese tener que salir de Galicia. No obstante, todavía debía elegir entre un reducido número de universidades en España para realizar sus estudios.

La primera opción de su familia era que estudiase la carrera en la Universidad de Zaragoza, ciudad donde residía un pariente próximo. Sin embargo, descartaron esta opción por circunstancias imprevistas.

A mediados de los años cuarenta, la Universidad de Madrid se consideraba el centro de enseñanza superior más importante de España, así que esta fue la opción que María encontró más atractiva. Por ello, con dieciocho años se traslada a Madrid, con la ilusión de ir al encuentro de un mundo nuevo, el mundo universitario, y con muchas ganas de estudiar sus anheladas Matemáticas. Estudiará la carrera en la sección de Matemáticas de la Facultad de Ciencias, en un edificio recién inaugurado de la Universidad Central de Madrid (rebautizada como Universidad Complutense desde 1970).

**«Se esfumaban
aquella vida
sociocultural
tan rica y aquella
libertad previas
a la guerra».**